

Un enfoque no semiótico para pensar el lenguaje. Reseña de la propuesta de Omer Preminger¹

María Teresa Borneo

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba
teresa.borneo@mi.unc.edu.ar

Sabemos que la interdisciplinariedad es muy importante para pensar la complejidad del fenómeno del lenguaje humano: enriquece nuestros estudios, nuestras investigaciones y nuestras maneras de concebirlo. Pero también es muy interesante pensar el diálogo entre las diferentes teorías lingüísticas que, a lo largo de la historia, se refutan o complementan. Constantemente, en la academia, se generan debates, discusiones y diálogos entre los diferentes enfoques de estudio de, en este caso, el lenguaje (aunque sucede en todas las áreas de conocimiento).

La lingüística comenzó a ser considerada una “ciencia moderna” a partir del Curso de Lingüística General (CLG) de Saussure, que buscaba definir su objeto de estudio, la lengua, como un “sistema de signos que expresan ideas” (1916, p. 43). Por lo tanto, el estudio de la lengua contribuiría a la semiología, al estudio de los signos de la vida social. La lengua, entonces, es considerada una institución social, entre tantos otros hechos semiológicos de la vida humana.

A su vez, Saussure estableció la famosa frase “el punto de vista crea el objeto” y mencionó que el fenómeno lingüístico presentaba dos caras de una misma moneda: la lengua y el habla. La primera, el “correcto” objeto de estudio de la lingüística, se constituiría como un sistema de signos. De este modo, Saussure discute con las teorías anteriores que consideraban a la lengua como una nomenclatura, a la vez que establece que la unidad del signo lingüístico se basa en la asociación de un concepto y su imagen acústica: un significado y un significante.

Por lo tanto, el CLG plantea que “El estudio del lenguaje comporta, pues, dos partes: la una, la esencial, tiene por objeto la lengua, que es social en su esencia e

¹ Omar Preminger, University of Maryland.

independiente del individuo; este estudio es únicamente psíquico; la otra, secundaria, tiene por objeto la parte individual del lenguaje, es decir, el habla...” (Saussure, 1916, p. 46).

Sabemos que esto último ha sido refutado y cuestionado muchas veces: actualmente, una diversidad de estudios lingüísticos se basan en la importancia del habla. Desde la psicolingüística (enfocada muchas veces en las diferencias individuales de los hablantes para estudiar el funcionamiento del cerebro humano) hasta los estudios dialectológicos e histórico-lingüísticos, el habla y sus variaciones están en el centro de las ciencias del lenguaje.

Pero esto no es lo único que ha sido refutado. Si volvemos a la idea de “signo” cabe preguntarnos: ¿qué es un signo? ¿Una palabra? ¿Un morfema? ¿Las palabras se componen de morfemas? ¿Qué es un morfema? ¿Cómo se forma un morfema? Y, ¿cómo están almacenadas en nuestro cerebro esas palabras o esos morfemas? Para el CLG, en nuestro cerebro humano, “los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos, se hallan asociados con las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión” (Saussure, 1916, p. 39). Por lo tanto, existiría un repertorio de unidades mínimas que asocian arbitrariamente un contenido semántico con una forma.

Sin embargo, Omer Preminger trae otra propuesta interesante para responder a estas preguntas, ya que plantea que estas nociones tradicionales se han vuelto inadecuadas para capturar la relación entre sintaxis, semántica y morfofonología.

Así, el profesor sostiene que las alineaciones, asociaciones o *mappings* entre una forma fonológica y una interpretación semántica (la asociación significado-significante) que constituyen los llamados “signos saussureanos”, son inadecuadas empíricamente. ¿Por qué? Porque, en realidad, no siempre hay una asociación directa, exacta y universal entre una unidad mínima de sonido (o forma) y una unidad mínima de significado. Además, no todas las unidades pueden ser descompuestas en unidades más pequeñas para almacenarse en nuestra mente. Un ejemplo de esto último son las expresiones idiomáticas. ¿Cuál sería la unidad mínima de la expresión “a caballo regalado no se le miran los dientes”? Sí, podríamos decir que está compuesta por palabras, por fonemas y por morfemas, pero, en realidad, no podemos descomponer su significado social, cultural, metafórico e idiomático. Sin

embargo, utilizamos y entendemos sin problema este tipo de refranes que están compuestos por palabras que en otros contextos significarían otras cosas. Es decir, la relación significado-significante no sucede entre palabra y concepto sino entre el concepto y la frase idiomática. Pero, además, que un refrán tenga su propio significado tampoco implica que en nuestro cerebro esté “guardado” como una unidad mínima estática de significado y forma porque los mismos refranes pueden ser contruidos de maneras diferentes. (Por ejemplo: *shit hit the fan* [que en su significado idiomático sería algo así como “las cosas han salido mal”] también podría ser dicho como *shit appears to have hit the fan*. Forma diferente, mismo significado.)

La perspectiva tradicional podría decir, no obstante, que el lexicón es un repertorio de morfemas (asociaciones de forma y significado) con una lista separada para las frases idiomáticas. Pero Preminger² plantea que eso es, en principio, redundante y esa concepción ya se ha vuelto inadecuada, porque no tiene en cuenta a la sintaxis, que es un componente importantísimo del lenguaje humano que, además, es abstracto.

Lo que sostiene, en ese marco, es que no todas las unidades son descomponibles y que, además, las unidades fonológicas no siempre tienen el mismo significado. Por lo tanto, los morfemas no pueden ser alineaciones sonido-significado que almacenamos en nuestra memoria para volver a utilizar cuando lo creamos necesario. Como ejemplo, pensemos en las palabras “perros” y “caries”. Quienes nos hemos formado bajo la perspectiva saussureana significado-significante, podríamos pensar que, si tuviéramos que descomponer la palabra “perros”, lo haríamos separando perr-, de -o, de -s y cada una de esas partes tendría un contenido semántico. -s sería el morfema de pluralidad, asociado con el fonema /s/. Pero el problema es que ese fonema /s/ no siempre indica pluralidad. Y, ¿qué pasa con la palabra caries? Es una palabra plural, pero no puede descomponerse en carie-, -s. En inglés, sucede algo similar. *Dogs* podría descomponerse en /dɒg/ y /z/, e indicaría que estamos hablando del plural de perros. Pero la palabra *pants* (pantalones, en español) no existe sin esa letra/fonema -s, /z/.

² Esta entrada de su blog académico, escrita también por Asia Prietazko, contiene más ejemplos: <https://omer.lingsite.org/blogpost-listemes-and-morphemes-and-other-things/>

Por lo tanto, si hay unidades en las que la asociación significado-significante coincide, como sucede con mesa (singular)/mesas (plural); pero hay otras en las que la misma forma no indica pluralidad: adiós, atrás; y otras en las que el significado de pluralidad está, pero sin la forma (gente; en inglés: *people, mice, deer*). ¿Cómo está almacenada, listada esa información en nuestro cerebro? ¿Cómo almacenamos las unidades lingüísticas que indican pluralidad?

Preminger y Pietraszko sostienen que la idea de que los morfemas tienen significado y que los significados tienen una forma determinada es errónea. Ese es un método que asocia unidades “observables”, como los fonemas, con unidades semánticas de manera directa, pero esto ocurre solo en algunos casos. Lxs autores demuestran, con ejemplos, que no siempre sucede de la misma manera. Esta asociación directa de unidades puede ser verdadera en algunos casos, pero es, en realidad, una tendencia.

Esto es así porque la pluralidad, por ejemplo, en realidad es un componente o rasgo sintáctico, abstracto, que debe ser considerado independientemente de la forma y el significado. Y, como la sintaxis es combinatoria, podemos reconocer esos elementos sintácticos si, por ejemplo, medimos la concordancia con otros elementos combinables. ¿Cómo sabemos si un elemento tiene rasgos de pluralidad? Lo hacemos concordar sintácticamente con otros elementos, como un verbo conjugado: *The pants is new** // *The pants are new* (Los pantalones es nuevos*// Los pantalones son nuevos)

Por lo tanto, lxs autorxs postulan que los componentes formales, como los morfemas, son algo así como la forma de partes de las estructuras sintácticas y que los significados son interpretaciones de partes de las estructuras sintácticas y que, a veces, esas piezas se alinean, pero no siempre. Así, lo que almacenamos en nuestra memoria, nuestro lexicón, no es una lista de morfemas con sus significados ni una lista de signos, sino que la conexión entre forma y significado es indirecta, mediada por un elemento subyacente compartido: la sintaxis.

El enfoque de Omer Preminger, fundamentado con evidencia empírica, puede leerse en su blog académico: <https://omer.lingsite.org/>

Referencias

Preminger, O. <https://omer.lingsite.org/>

Saussure, F. (1916). Curso de Lingüística General. Losada.